

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

questa como los augustos manes de los grandes músicos clásicos, cuyas obras nos da a conocer tan divinamente interpretadas), sea que el calor nos embota los sentidos, sea que el ansia de una tierra de promisión distante nos obliga a tener fijos los ojos fuera de este abrasador recinto, en estas circunstancias y a la altura en que se encuentra el termómetro, preferiríamos la indefinible música de la ola que se tiende perezosa en la playa o se rompe en las peñas llenando el ambiente de menudo rocío, preferiríamos la música de la brisa cantábrica que viene en la tarde a orear el sudor de la frente o a agitar con su fresco soplo el extremo de las flotantes cintas del lazo que prende el cabello de las hermosas, a las combinaciones armónicas más profundas, a las melodías más bellas de todos los genios del mundo.

Estamos en la última escena del drama político-guerrero que la Alemania representa a los ojos del mundo. Aceptado el armisticio y ajustada la paz por las partes beligerantes, sólo falta que Mr. Bismarck y el emperador Napoleón, autores a medias de la obra, salgan al proscenio y terminen la función con el con-sabido estribillo: *perdonad sus muchas faltas*.

El armisticio, según las noticias recibidas, durará tres semanas. Conocidos ya los preliminares de la paz, si los diplomáticos se resignan a no lucirse enredando de nuevo el negocio, hay tiempo más que suficiente para que quede concluído antes que expire el término fijado a la suspensión de hostilidades. Después de haber dudado mucho acerca del punto que había de escogerse para celebrar las conferencias y ajustar el tratado de paz entre los representantes de Austria, Prusia e Italia, se ha decidido, por fin, que éstas tengan lugar en una ciudad de Suiza, el país neutral por excelencia, y que por su posición topográfica hace fáciles las comunicaciones de

los diplomáticos con sus respectivos Gobiernos. Las bases del arreglo, a lo que parece, son las mismas de que ya hemos hablado a nuestros suscriptores en la revista anterior. El negocio, pues, ha sido para Prusia, pues aunque Italia se encuentra, como suele decirse, *gratis et amore* con el Véneto, más falta le hacía una victoria que una provincia.

Austria, cejando al primer revés y aceptando la humillación de verse excluida de la Confederación alemana, cuyo dominio era el sueño dorado del Gabinete de Viena, sigue, sin duda alguna, la política tradicional de sus hombres de Estado que es, al mismo tiempo, la táctica de sus generales. Prefiere devorar la humillación de su derrota en silencio, aprestándose a la venganza, cuya idea la anima y sostiene, a exponerlo todo al trance de una lucha y caer envuelta para siempre en ella. Esta es cuestión de política y de temperamento. Acaso en un lejano porvenir y preparando, hábilmente el terreno, podrá el Austria rehacerse del golpe de que acaba de ser víctima; pero por lo pronto, Prusia, a la que el sol de Sadowa encontró formando parte de la Confederación para dejarla al ponerse dueña de los destinos de la raza germánica a cuya cabeza marchará por algún tiempo, no es fácil que se deje ganar la partida, teniendo a su

frente un hombre tan enérgico y perseverante como el conde de Bismarck.

En resumen, el armisticio está convenido; la paz será un hecho dentro de algunos días; mas la dificultad se ha rodeado, no se ha resuelto. El problema queda en pie, aunque las circunstancias aplacen su reaparición.

¿En qué actitud debe esperar la Europa los resultados del nuevo orden de cosas que se inauguran? ¿Qué temores o qué esperanzas deberían abrigar, respectivamente, las naciones que han asistido al duelo de esas grandes potencias y que de un modo o de otro han de sentir el influjo del nuevo rumbo de las cuestiones encaminadas de hoy más por diferente sendero? ¿Se ha encontrado, al fin, la fórmula del suspirado equilibrio? Y si se ha encontrado, ¿cuáles deben ser sus consecuencias? He aquí el tema de discusión de las diferentes publicaciones que ven la luz en Europa y el fondo de la brillante polémica que sostienen en la capital del vecino imperio, dos de los más afamados adalides de la Prensa periódica, Girardin y la Gueroniere. Girardin juzga impotente la fuerza para hacer que acabe la crisis europea, que espera habrá de concluir resolviéndose por el criterio de la libertad y el crédito. La Gueroniere presiente que las naciones entran en un nue-

vo y desconocido período de dificultades y de aspiraciones encontradas y opina que la preponderancia moral de los países debe sostenerse con la ayuda de la material.

Consecuentes con sus ideas, el primero fija toda su atención en el porvenir económico de Europa, invoca la paz y pide el desarme general de las grandes potencias, mientras el segundo da la voz de alarma para prevenir contra la engañosa apariencia de estabilidad del arreglo, y aunque a su vez desea la paz, teme la guerra y se decide por que todos se encuentren prevenidos a los acontecimientos de un futuro lleno de sombras impenetrables.

En el intervalo que media entre la aceptación de los preliminares para las conferencias y el definitivo ajuste de la paz que ha de concluir, por ahora, la primera parte de la gran tragedia europea, la atención pública, sintiendo que se calma poco a poco la fiebre de noticias políticas que le aquejaba, comienza a fijarse en otros asuntos que, aunque de gran interés, parece como que se relegan y olvidan en los períodos de lucha y agitaciones.

Ya hace tiempo que los periódicos extranjeros hablaron de los preparativos hechos sobre bases más sólidas y partiendo de datos más seguros para acometer la colosal y tantas veces frustrada empresa de poner en co-

municación el continente americano con el europeo por medio de un cable submarino. *El Great Estern*, encargado de tan difícil misión, después de partir de uno de los puertos de Irlanda llevando un personal entusiasta e inteligente, ha tocado por último en Trinity-Bay, alcanzando un éxito tan completo que algunas horas después pudo circular por toda Inglaterra el siguiente despacho, que es un verdadero himno de triunfo de la ciencia: "El mar está vencido; sumergido el cable, se han puesto ambos mundos en comunicación telegráfica." El problema de la telegrafía submarina se ha resuelto al fin. Creemos inútil encarecer la importancia de esta brillante victoria de la fe y la inteligencia sobre el desaliento y la preocupación de los que después de experimentar varios reveses en las anteriores tentativas juzgaban la empresa absurda e imposible. Terminada la gran vía de transmisión, merced al esfuerzo de Inglaterra, ésta cogerá, naturalmente, las primicias de sus grandes resultados; pero nuestro país no será el que menos ventajas reporte.

La colocación de un cable entre nuestras posesiones de Cuba y el puerto de Terranova, de donde parte la línea trasatlántica, será asunto de pocos meses, al cabo de los cuales podrán tener en la Península noticias diarias

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

de aquel lejano país, facilitándose hasta lo sumo, así las transacciones comerciales como el gobierno político de la isla.

Al mismo tiempo que del lisonjero éxito de esta gigantesca obra se habla de un notable perfeccionamiento introducido en el trazado, construcción y material de los ferrocarriles, del cual se ha hecho más de un ensayo, también con un resultado brillante. El enorme costo de la construcción de las vías férreas, sobre todo en determinados puntos, costo a que no es posible que pueda subvenir el creciente desarrollo del movimiento comercial por más que éste se desenvuelva con bastante rapidez, ayudado por este medio de fácil y económica locomoción, ha traído a las empresas al decadente estado en que se hallan. Sin el auxilio del Estado, así en nuestro país como en casi todas las demás naciones, el capital de los particulares sería insuficiente a arrostrar la crisis que produce el enorme desnivel que resulta entre el costo y el producto. Merced al nuevo sistema ensayado, con el cual serán posibles curvas y desniveles hasta ahora impracticables, la construcción de un kilómetro en el terreno más accidentado equivaldrá a una tercera parte de lo que en la actualidad se le presupone de gasto, de modo que ofreciendo ventajas el empleo de capitales en el

REVISTAS CONTEMPORANEAS

negocio de ferrocarriles, contribuirá en breve a que el interés particular sin auxilio de los Gobiernos, lleve su poderosa iniciativa a un ramo de la industria que amenazaba decaer progresivamente.

Después de haber pasado semanas y semanas sin tener que registrar en nuestra periódica revista más que sucesos aflictivos y desagradables, causa verdadero placer hallar que apenas comienzan a disiparse los temores que hizo concebir la perspectiva de una guerra europea, vuelve a manifestarse el espíritu emprendedor y activo del siglo, abriendo anchos horizontes al comercio y a la industria, hoy en un estado de postración lamentable aun en los países más florecientes y ricos.

Según indicamos en nuestra anterior revista, al concluir la semana última gozaba entero crédito la noticia de haberse acordado un armisticio de cinco días entre Austria y Prusia, armisticio a que también debió dar su asentimiento Italia. La noticia no se confirmó plenamente, pero siguen en pie las negociaciones.

La lentitud con que de entonces acá opera el ejército prusiano que, siguiendo con resolución su camino, después de la batalla de Sadowa podría encontrarse ya a la vista de Viena y haber librado el postrer y decisivo encuentro, deja presumir que en la esperanza de un arreglo las dos naciones rivales economizan sus fuerzas. De esta presunción, que contribuyen a hacer verosímil las correspondencias que del teatro de la guerra se reciben, ha nacido, sin duda, la especie de que Austria se conforma a suscribir las bases preliminares propuestas por el Gabinete de Berlín, según las cuales, la Confederación Germánica se reorganizaría de nuevo bajo la dirección de

Prusia, excluyendo el elemento austriaco. Si el emperador Francisco José suscribe un arreglo con estas condiciones, la paz es cosa segura y en breve los que tienen fe completa en el acierto y la perseverancia de Napoleón verán sus cálculos coronados del éxito más brillante. Una conferencia diplomática facilitará el camino a la celebración del famoso Congreso de soberanos, que modificando los límites de las naciones y abriendo una nueva y profunda brecha a los tratados de 1815, buscará por otros medios más en armonía con los intereses napoleónicos ese soñado equilibrio europeo, ideal de los hombres de Estado del siglo XIX, y hasta que la cuestión de Oriente vuelva a reaparecer, como reaparecerá antes de poco, el viejo mundo podrá gozar una época más tranquila que la que en la actualidad atraviesa.

No obstante la aparente naturalidad con que habrían de encadenarse estos sucesos, y a pesar de que todas las cosas parecen disponerse de un modo favorable a la paz, algunos periódicos extranjeros comienzan a sospechar lo que antes de ahora habíamos indicado nosotros. Austria acepta en los primeros momentos cuanto se le propone; desempeña con verdadera mansedumbre su papel de víctima; autoriza con su vago asentimiento los

pasos que en sentido conciliador da el Gabinete de las Tullerías; pero al ir a cerrar las negociaciones, siempre encuentra una pequeña dificultad que las hace imposible y necesario comenzar de nuevo. ¿Será su conducta hija de un plan diplomático y estratégico que la proporcione reorganizar sus fuerzas y abandonar el papel que representa cuando sus medios se lo permitan? Las publicaciones a que nos hemos referido, las mismas que hasta ahora condenaban la actitud intransigente de Prusia y la poco razonable conducta de Italia al traspasar de nuevo el Mincio después de la cesión del Véneto, empiezan a sospecharlo así y acusan al Gobierno de Francisco José de la falta de franqueza en sus relaciones con Francia. En este estado la cuestión, el telégrafo nos ha sorprendido con la noticia de una gran batalla naval que ha tenido lugar cerca de Lissa, punto designado hace algún tiempo por las correspondencias como el más a propósito para el desembarco proyectado por el rey Víctor Manuel y su Estado Mayor de generales, en el último plan de campaña.

Hasta hoy se había estado en la inteligencia, fundada por otra parte, de que la escuadra italiana era muy superior a la austriaca, que por dos o tres veces ha rehuído un en-

cuentro. El resultado del combate de Lissa viene a quitar una nueva ilusión en este punto a los ardientes partidarios de Italia. Se ha hecho evidente que, cuando menos, ambas escuadras son iguales en condiciones de bravura e inteligencia; y en esta ocasión la austriaca ha llevado sobre sus enemigos la ventaja de una fortuna decidida, que, contraria en unos lances y favorable en otros, viene dando hace algún tiempo, a los austriacos, pruebas de su proverbiales caprichos.

En el momento en que escribimos estas líneas, aún no se tiene una relación completamente verídica de este hecho de armas. Los partes recibidos pintan su resultado de muy diverso modo, según que procedan de Florencia o de Viena. Sin embargo, de lo que hasta ahora se conoce, y deduciendo y restando de cada versión lo que el espíritu de partido o de nacionalidad haya podido añadir, se viene en conocimiento de que el choque ha sido desfavorable a los italianos. Después de un encarnizado combate sostenido con verdadero valor por ambos contendientes, la magnífica fragata acorazada *Re d'Italia* y la cañonera Palestro fueron echadas a pique por sus contrarios, los cuales, al terminar la lucha sólo habían sufrido averías que, aunque de alguna consideración, no les impidió seguir su rumbo.

El nuevo revés sufrido por Víctor Manuel en el mar, aunque compensado con algunas pequeñas ventajas obtenidas por el cuerpo de ejército que ocupa el Tirol, antes que a otra cosa, ha contribuido a exasperar al partido de acción hiriendo la fibra del amor propio nacional e imposibilitando más y más un arreglo mientras las armas italianas no logren un brillante desquite de sus derrotas.

Hay, sin embargo, un dato favorable en el sentido de la paz, y es la actitud en que se han colocado Inglaterra y Rusia. Estas dos naciones, que en un principio se mantenían en la reserva más profunda, han salido de su sospechoso silencio para adherirse a los planes del emperador Napoleón, al cual han felicitado animándole a proseguir en sus negociaciones conciliadoras.

Como es natural, en el estado en que se encuentra la cuestión, circulan varias versiones acerca de las bases del futuro arreglo. La más verosímil, caso que éste llegue a ser un hecho, es la siguiente: Queda destruída la obra del Congreso de Viena en lo que respecta a Alemania, rompiéndose el lazo de la antigua Confederación. La región del Norte se constituirá de nuevo bajo los auspicios de la Prusia, la cual se anexionará los ducados de Elba, excepto la porción del Schleswig, que

pertenece a Dinamarca. Parte del reino de Hannover, del ducado de Hesse-Darmstad, toda la Hesse-Electoral y la antigua e importante ciudad de Leipzig, pasarán igualmente al dominio de Prusia, que representará, uniéndose a ellos por medio de un nuevo lazo federativo, a los desmembrados reinos de Hannover y Sajonia.

Los Estados de Alemania meridional que se encuentran divididos de los del Norte por la línea del Mein, se constituirán en una forma independiente, bajo la decisión militar y diplomática de la Baviera, que por este arreglo se eleva a un rango muy superior al que hasta aquí había ocupado en Europa.

El imperio de Austria, excluido de la Confederación, conservará íntegras sus posesiones, si se exceptúa el Véneto. Italia, al recibir el Véneto, pagará una indemnización de guerra a Francisco José, el que a su vez la entregará a Prusia.

Tal es, en ligeros rasgos, la fisonomía política de la semana que acaba de transcurrir, y durante la cual el calor, extremándose, ha contribuido a hacer más aburrido y monótona la estancia en la heroica villa del oso a los condenados a sufrir en ella los rigores del estío. Para nosotros los días se suceden, y, al

contrario de lo que asegura la máxima, todos se parecen.

El circo del Príncipe Alfonso y los jardines de Price, únicos que sostienen la bandera de los espectáculos públicos durante esta enojosa temporada, suelen ofrecer, no obstante, alguna distracción a sus favorecedores; pero durante la semana última, todo parece haberse conjurado en su contra. Dos jóvenes gimnastas que causaban las delicias de muchos que se estremecen al presenciar el bárbaro espectáculo de las corridas de toros, se han caído desde lo más alto del techo del circo, probando a los sistemáticos detractores de nuestra fiesta nacional que en los demás países, donde tan en boga se encuentran esos peligrosos ejercicios, no están más adelantados que nosotros en punto a diversiones públicas. En el jardín de Price los aficionados a la música sólo han encontrado una decepción en el concierto a beneficio de las viudas y huérfanos de los marinos muertos en el glorioso ataque del Callao. El ruido de la pólvora ahogaba en su sentir las notas de la armonía tanto como el humo a los circunstantes. Los entusiastas de la pirotecnia, en cambio, creen que la música estaba de más, porque ensordecía y quitaba la gracia al especial chasquido de las ruedas giratorias y al trueno de los cohetes. A

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

unos y otros puede consolarles la idea de que con oír un poco de bulla y respirar un poco de azufre, han contribuido al logro de una buena acción, mérito que no siempre puede contraerse a tan poca costa.

Está en un punto tan difícil la cuestión europea que se debate entre Austria, Italia y Prusia, que cada vez se hace más complicada e insoluble. Como se había previsto, los italianos esperan el asentimiento de sus aliados para aceptar el armisticio, y Prusia, por su parte, impone tales condiciones al Gabinete de Viena, que Francisco José, antes que perderlo todo en un Congreso, optará por tentar de nuevo su fortuna arriesgando la suerte del país al trance de una batalla.

En vano el emperador Napoleón, empuñando el tridente, ha herido las olas del revuelto mar de la política y ha pronunciado el formidable *Quos ego*, de Neptuno; su voz se pierde entre el estruendo de la lucha y los ejércitos del rey Guillermo y de Victor Manuel siguen, impávidos, su camino, como si se hubieran dado cita en Viena. La conducta de Italia, cuya indocilidad parece que ha disgustado mucho a su imperial protector, llegó a creerse por algunos días causa bastante para que se rompieran las relaciones entre los Gabinetes

de Florencia y París. No falta quien insiste en la inminencia de un choque entre las dos naciones, hasta aquí unidas por los más estrechos lazos políticos; pero por nuestra parte creemos que las circunstancias en que se encuentra Europa, no permiten al emperador Napoleón cambiar tan bruscamente el plan que madura hace tiempo, y cuya base es la alianza italiana.

En esta situación las cosas, el ejército austriaco aprovecha los momentos para reorganizarse y trata de modificar radicalmente los proyectos estratégicos del general Benedeck, colocando al archiduque Alberto al frente de los negocios de la guerra. El archiduque, previendo el desastre de Sudowa, si los dos grandes cuerpos prusianos llegaban a reunirse en Koeniggraetz, ha dado muestras de una sagacidad y un conocimiento profundos del arte que ejercita. Según sus disposiciones, la corte imperial debería abandonar a Viena para evitarle a esta magnífica población los rigores de un sitio, y concentrando todos los elementos de resistencia en la línea del Danubio, donde tienen el campo atrincherado de Olmutz como base de operaciones, podrían mantenerse a la defensiva y aun tomar la ofensiva con ventaja si la fortuna abandonase a los prusianos en un nuevo y decisivo combate.

Hasta hace muy poco se creyó que prevalecería la opinión del archiduque Alberto; pero a juzgar por los telegramas que posteriormente se han ido recibiendo, es otra la determinación de Austria. La gran batalla que ha de poner término a la lucha o ha de restablecer el equilibrio de los beligerantes, roto en Sudowa a favor de los prusianos, tendrá lugar delante de Viena. El emperador Francisco José, que parecía decidido a tomar el mando de las tropas, esperará allí con las fuerzas reunidas procedentes de Italia y de los restos del ejército del Norte. El encuentro que acaso a estas horas habrá ya tenido lugar, será espantoso. Por un lado los prusianos, llenos de la confianza que les inspiran sus continuadas victorias, avanzan ansiosos de coronar su obra, penetrando en Viena.

Por otra los austriacos, exasperados con los reveses que han sufrido, lastimados en su orgullo nacional, teniendo entre sus filas a Francisco José, que parece dispuesto a sepultarse en las ruinas de su imperio, y encontrándose a la vista de la capital, que quedará entregada a todos los horrores de la guerra si sus hijos no saben contener la ola invasora al pie de sus muros, se disponen a una resistencia heroica y desesperada.

En la expectativa de este sangriento com-

bate, que amenaza ser más grande y horrible que el de Sudowa, todo el interés se concentra en las operaciones que tienen por teatro la Alemania, debilitándose el que en un principio inspiró la suerte del ejército italiano.

En efecto, por lo que toca a Venecia, la cuestión parece concluída. Sea el que fuere el término de la cuestión entre Austria y Prusia, Francisco José habrá de deshacerse de esas provincias, que más bien debilitan que prestan fuerza a su imperio. Verdad es que en una proclama del jefe militar del Véneto se ha dicho que la cesión no es un hecho consumado, y que al ser rechazada la proposición de armisticio por parte de sus contrarios, el Gabinete de Viena puede recoger una promesa que no hizo incondicionalmente; verdad es también que algunos, tomando esta declaración por base de sus cálculos, esperan que si la suerte favorece al Austria dentro de su territorio, volverá a caer con sus soldados en el cuadrilátero; pero la opinión general, con la cual nos encontramos en un todo conforme, conviene en que Venecia, bien por mano de la Francia, bien a consecuencia del tratado que firmen las partes beligerantes si Francisco José es derrotado delante de Viena, entrará a formar parte del reino de Italia, que al adquirir esta nueva provincia reiterará mal

de su grado la renuncia de sus aspiraciones a Roma.

Las noticias de América recibidas en la semana última, aunque interesantes por serlo para nosotros todo cuanto se roza con esta cuestión, se limitan a confirmar las que ya teníamos acerca de aquellos países.

Aprovechando la retirada temporal de nuestras fuerzas, el partido exaltado de Chile y el Perú trata de levantar el espíritu público, animando al país a proseguir la guerra contra España. A este fin han celebrado un Congreso, en el que han tomado parte representantes de las tres repúblicas aliadas. En el Congreso no han faltado bravatas, promesas pomposas y multitud de disposiciones para activar las defensas de las costas, pero todos los buenos deseos de los agitadores se estrellan en la falta de recursos que cada día es mayor, a consecuencia del mal estado de sus asuntos financieros.

Parte de nuestra escuadra había llegado, en tanto, a Río Janeiro, desde donde después de aprovisionar convenientemente sus buques, volverá a las aguas del Pacífico en unión con los nuevos refuerzos que se disponen. Veremos si para la época en que esto suceda, que parece no ha de tardar mucho, siguen tan animadas las repúblicas de Chile y el Perú o

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

tienen que ceder a la doble presión de nuestras fuerzas y del numeroso partido amigo de la paz, que aunque con menos alharacas, reúne de día en día nuevos prosélitos entre las clases más ilustradas y productoras de aquellos países.

Dejando ahora a un lado las cuestiones políticas, y viniendo a otro terreno, podemos consignar algunas novedades que han hecho menos sensible la monotonía de la corte durante el verano. Barbieri, el infatigable maestro que no se arredra ante ningún obstáculo, ha puesto sus reales en el jardín de Apolo, y contando con las simpatías que tiene entre los verdaderos aficionados a la música, ha inaugurado una serie de conferencias que en nada ceden a los que ofreció el público en el circo del Príncipe Alfonso durante los hermosos días de primavera.

La tradición de los jardines de Apolo, parece que había de oponerse a hacer de estos conciertos un punto de cita de la sociedad elegante; pero el prestigio del maestro ha vencido toda clase de prevenciones, y las noches pasadas hemos podido ver reunidas allí a las más distinguidas y hermosas damas de la corte.

Si logran vencerse las dificultades que hasta ahora se han opuesto a ello, próximamente

REVISTAS CONTEMPORANEAS

abrirán sus puertas los Campos Eliseos. Se habla, para cuando esto ocurra, de un concierto monstruo a beneficio de los heridos en la gloriosa acción del Callao, y de una compañía italiana que, dirigida por el célebre actor Rosi, en la actualidad en Barcelona, vendrá a amenizar las noches en aquellos frescos jardines. Falta hace que de un modo o de otro los Campos Elíseos ofrezcan algunas distracciones a los que, después de seguir con ojos de envidia el itinerario de los emigrantes, no encuentran más recurso que dar vueltas al Prado, sujetos a los bruscos cambios de la temperatura de Madrid, que oscila durante el verano entre la pulmonía y la insolación.

Por fortuna, si el refrán que enseña que los días de mucho son vísperas de nada, puede aplicarse invirtiendo el orden de los términos, en el próximo otoño se encontrará ocasión de desquitarnos con usura de la presente falta de novedades. Para esta época se guarda la Exposición de Bellas Artes, que ya anda, por no perder la costumbre, buscando albergue de hallarle a no ser a costa del fondo destinado a premios, que es como si dijéramos a expensas del bolsillo de los expositores. Para esta época disponen los literatos sus nuevas obras, los empresarios de espectáculos públi-

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

cos sus grandes combinaciones, los artistas de todo género el fruto de sus trabajos del estío; para esta época, en fin, volverá la animación, la vida y el movimiento, que inútilmente trataríamos de que hoy se reflejase en nuestra revista, cuya frialdad aumenta a medida que suben los grados de calor del termómetro.

EL PENDON DE GUERRA DEL GRAN CARDENAL MENDOZA Y LA ESPADA DE BOABDIL